



TERMINAL

**Lynn Cruz** nació en La Habana, en 1977. Licenciada en Pedagogía, en la Universidad de Matanzas (2000). Graduada de la Escuela Profesional de Actores (2005). Es actriz, escritora, dramaturga, y productora. Está censurada como actriz desde 2018. Entre sus trabajos como intérprete se destacan: *Corazón Azul* (próxima a estrenarse), *¿Eres tú, Papá?* (UK, 2018), *El niño* (Venezuela, 2015), *Finales* (Ecuador, 2015), *Larga distancia* (2010). Ha obtenido reconocimientos como actriz en Cuba, Estados Unidos y Venezuela. Como dramaturga ha versionado textos y escribió la obra *Los enemigos del pueblo* (2017). Su novela *Terminal* obtuvo Mención en el Premio Novelas de Gavetas Franz Kafka (2018). Fue premiada por el Fondo para productores de impacto documental que otorga Perspective Fund y Doc Society (2020), con el que realiza su primer documental, *Desaparecida*.

Lynn Cruz  
TERMINAL



De la presente edición, 2020

- © Lynn Cruz
- © Editorial Hypermedia

Editorial Hypermedia  
[www.editorialhypermedia.com](http://www.editorialhypermedia.com)  
[www.hypermediamagazine.com](http://www.hypermediamagazine.com)  
[hypermedia@editorialhypermedia.com](mailto:hypermedia@editorialhypermedia.com)

Edición y corrección: Ladislao Aguado  
Imagen: Fragmento de un cuadro del artista Samuel Riera, editado por Miguel Coyula.  
Diseño de colección y portada: Herman Vega Vogeler

ISBN: 978-1-948517-62-1

Quedan prohibidos, dentro de los límites establecidos en la ley y bajo los apercibimientos legalmente previstos, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, ya sea electrónico o mecánico, el tratamiento informático, el alquiler o cualquier otra forma de cesión de la obra sin la autorización previa y por escrito de los titulares del copyright.

*Dedicado a:*

*La memoria de mi abuela.*



## LA ESPERA

*No esperes que el rigor de tu camino,  
que tercamente se bifurca  
en otro, que tercamente se bifurca en otro tenga fin.*

Jorge Luis Borges

Un motor es un artefacto que nos abandona a todos.

Un hombre vestido de rojo mete las manos en los bolsillos y permanece cabizbajo un rato largo.

El reguetón en el ciclotaxi suena a todo volumen. El bicitaxista canta. Ha pasado tres veces por aquí.

La tarde es gris, sigue llegando gente, y me aferro al banco azul.

Hay un hombre calvo que no deja quietos los pies, está a dos bancos del mío.

El alumbrado público indica que cae la noche y el canturreo de pájaros en el techo, me hace preguntarme si ellos esperan lo mismo.

*Tiempos Nuevos, voy a comprar.*

Otro hombre se cansa, recoge a su hija, los bultos, y se sienta. Otro nuevo pide el último. . . ha pasado tanta gente por aquí.

Poco a poco se apaga todo y bostezo.

El hombre que va de rojo:

—Antes había un carrito chiquito que salía y cobraba cuarenta pesos —Se asoma a la tablilla y niega con la cabeza, mientras se lleva una mano a la boca.

Ya somos unos pocos esperando, cada quien ofrece su cara a la espera.

Es de Morón, un cocinero de jerarquía del Ejército Cubano incrustado en la ilustración de un libro, va sobre su caballo.

Una madre despide a su hija a través del cristal de la ventana.

(El hombre de rojo suspira y se recuesta al banco).

—¿Será china, japonesa, o coreana? Es difícil identificarlas.

La mujer del baño no quita los ojos de mis zapatos.

Regreso al asiento y me imagino en otra ciudad, del otro lado del Atlántico, lejos del sol, durmiendo.

Mis amigos se han ido, mi olvido también se ha ido.

No me incomoda la espera, me incomoda el olvido, esperar sin recordar.

Sandra no ha vuelto.

Sandra trabaja en una discoteca hasta las cinco de la madrugada. Duerme todo el día y pasa cinco horas en el Facebook.

Una cara sobre otra cara, la cara del libro de las caras, *face-book*.

Un lugar con muchos lugares.

Una familia renovada en el muro, la familia más feliz es la última familia.

Esperar, esperar la espera, desespera esperanza.

Cualquier día es bueno para viajar en el viaje de la espera.

Mi hermano salió un domingo y llamó el siguiente domingo.

Soñó durante meses con olas.

Hoy sueña como antes.  
Pidió reubicación y se fue a Pensilvania.  
Lo apasiona el mar.  
No puede ver el mar ahora.  
Por primera vez ve la nieve.  
Palea la nieve.  
El suelo se descongela y vuelve a parir la nieve.  
Pasaron cuatro años y ocho meses con frío.  
Aquí se sentía un vegetal.  
Allá se siente un esclavo.  
Me contó que la primera vez que subió a un avión  
fue rumbo al desierto de Arizona.  
Lo que más le impactó fue la línea infinita de una carretera.  
Luego descubrió que la carretera va desde Miami  
hasta Alaska.  
Pensó en los egipcios y sus pirámides, en los chinos  
y la Gran Muralla.  
Mi hermano, en el sur tiene veintiocho y en el norte  
es un niño de once años que escribe versos a sus padres.  
Mi mamá y mi hermano están juntos aquí y allá.  
No celebran cumpleaños, dicen que soy del mundo.  
Mi hermano trabajaba en una fábrica hasta que se  
fue a Miami.  
Se reencuentra con el mar.  
El clima es cálido y frío.  
Miami, la ciudad de la nostalgia y el rencor.  
Muchos creyeron que más temprano que tarde vol-  
verían definitivamente a casa.  
La mayoría se quedó en el sueño.  
La cara de mi hermano, no está en la cara de *face-book*.  
La cara de mi hermano, el pelo de mi hermano, las  
manos de mi hermano, fueron bautizadas por las olas  
del mar, y ahora mi hermano es otro hermano.

Colón dejó atrás el Viejo Mundo, también fue bautizado por las olas del mar.

Colón salió de Palos y le metió el palo a la Virgen América.

Colón no es un hermano.

Tengo un diario para viajar, lo hice en una agenda italiana. La palabra escrita como la armónica al *western*, como el batá al santero, como la savia a la planta. A veces agrego recortes de papeles a lo que escribo.

*Mamá:*

*Lo primero que tengo que decirte es... que te extraño mucho. Siempre oro por ti, para que sigas en el camino que conduce a la vida. Tengo muchos deseos de verte y espero verte.*

*Este país cada día me gusta menos, la gente aquí vive para el dinero y los avances tecnológicos. La mayoría de nuestros hermanos que vienen de allá, caen en el materialismo, es muy lamentable. Estoy loco por irme para allá, pero me ha ido muy mal en lo económico. Hace dos semanas estuve en la asamblea de Distrito 2012 «Protejamos el corazón». Me encantó. El domingo último, día de la asamblea, asistieron 6000 personas. Salieron dos nuevos folletos y un DVD que ya vi.*

*Mamá, que nada nos separe del amor a Cristo: Romanos 8:35, 36. Siempre recuerdo el salmo 121 que tú me enseñaste cuando era niño, y me dijiste que leyera cuando estuviera solo en el norte.*

*Ora por mí y lucha por tu fe, y recuerda que tenemos que amar a Jehová con todo nuestro corazón, mente y alma.*

*No sabes lo feliz que me siento cuando leo tus cartas al ver que Dios te ha abierto el corazón de par en par y te ha revelado su propósito: Felices son tus ojos porque ven, y tus oídos porque escuchan.*

*Tanto amó Dios al mundo que dio a su hijo unigénito para que todo el que ejerce fe en él no sea destruido, sino que tenga vida eterna.*

*Juan 3:16*

*Te quiero mucho.*

*El cartero estaba sudando y aun así no pidió agua. Tres cartas a mi nombre, pero ninguna para mí. La relación entre hermanos, únicos seres con sangre idéntica, tan distintos modos de ver el mundo. En cada sobre una foto de diferentes años, siempre en las asambleas, a ambos lados sus nuevos hermanos, ahora yo sería algo así como una ex hermana. Tal vez sea mi estado de ánimo el que me hace ver su mirada perdida, como de un cuerpo cuya alma escapó. Sigo aún en el mismo banco, en la espera de algo que pasadas las horas ha perdido la finalidad real.*

De regreso a la realidad, en la televisión alguien controla las imágenes. No tiene nada que ver con la señal, es físico, palpable. Deja la imagen en un punto, dura milésimas de segundos, y no se repite hasta largo tiempo después. Monitorea las entradas, las salidas.

Desde la ventana veo el tránsito en la calle. Cada mañana debo hallar una razón para llorar a los muertos sin que sea llorar por mí misma.

Herminia Pérez

10—06—98

Elena Rodríguez  
11—11—11  
Luis Cruz  
23—04—89  
Estrella Ponce  
4—04—01  
Justina Hurtado  
28—01—05  
Aracelia Anatolia Pérez  
7—11—04  
Luis Cruz Cruz  
24—04—1989

*El presente está solo. La memoria erige el tiempo.  
Sucesión y engaño es la rutina del reloj.*  
Jorge Luis Borges

*El, las, la, los, yo*

*El Dolor: Un enano que se esconde.*

*Las Palabras: Arroyo que fluye y lo arrastra todo.*

*El Camino: Recorrido único que nos lleva a ningún lugar.*

*La Tierra: Piedra que gira y despedaza todo.*

*Las Dudas: Olas que sucumben a las multitudes  
y las abandonan*

*Los Náufragos: Amantes que se buscan y desencuentran por toda la eternidad.*

*El Miedo: Madriguera de máscaras rotas.*

*Yo Soy: La roca que se deshace en el seno de una madre africana.*

*Muchacha: Piedra vulgar que en el aire flota.*

*Estación: Época*

*Empieza la primavera, apenas llueve, el sol calienta el cinc del techo y los gorriones se anidan.*

Escribo un poema.

En la vida no soy nada en mi mente soy todo, parafraseo a Romy Schneider.

Soy una mujer-cita.

Lo primero que tengo que hacer es sacar mi carné. Si viene la guagua de pronto y empiezan a llamar... pero no lo encuentro... estaba con los demás papeles. No puedo evitarlo, me entretengo y olvido lo más importante.

Donar, dona, Madona de tus piezas, tus pedazos y tus partes.

—¿Donante?

—Sí.

Aparece escrito en el carné. Debo confesar que la pregunta me produjo escalofríos, además me la hizo un militar. Dije que sí, que estaría dispuesta a donar mis órganos, en caso de cualquier accidente. ¿En qué estaba pensando? ¿Por qué no dije que no? Apareció, vence el dos del doce del doce. No entiendo a qué viene eso de los órganos.

—La de los días alternos está cancelada.

¿El hombre de rojo será el esposo de la mujer que está sentada en el banco próximo a mí?

—¿A qué hora estaremos llegando?

—Si pasa la de las once, doce; a la una de la mañana estaremos llegando.

—Suerte que estamos cerquita de la terminal.

Ella le habla esperanzada. Él la acompaña en el sueño. Yo no sé si espero, si me esperan, si me voy, o si me quedo. Termino, término, terminal. Claro de Luna, Claro de Beethoven, Claro de la Terminal. Los audífonos me aíslan del resto de los viajeros que esperan en los bancos, próximos al andén.

— ¿Te vas a comer el pan ya?

— Se fue el hombre calvo, hacemos el tres y el cuatro.

El robusto campesino, el hombre de rojo con nariz respingada, cara redonda, y gorra con la bandera de Venezuela.

Aquí no hay quien cague. Debí haber ido al baño antes de salir. ¿Les alcanzarán los boniatos a los perros? Tendré que pedirle el periódico a la muchacha. Me preocupa la tos de la Mocha. El queso a treinta pesos. La guayaba a dos cincuenta. Galleticas a diez pesos. Qué caro se ha puesto esto.

— Ave María, cómo jode esa niña, no deja estudiar a la otra.

Socializa sin prejuicios. Me doy cuenta de que se quedó en la época del compañerismo.

— Mañana la nieta empieza en la escuela, nos hubiéramos ido en el pisicorre.

— ¿No hay un pancito por ahí? ¿Qué rayo les echan a esos refrescos?

Se escucha la voz de una mujer pidiendo el último, y casi atragantándose grita:

— Somos nosotros, vamos detrás de la muchacha del libro.

Señala para mi banco. En Cuba, estar delgada es suficiente para que te digan *muchacha*. No obstante, me gustó el cumplido, teniendo en cuenta que ya tengo 35.

— En mi vida me he podido leer esos libracos.

Y la vuelve a coger conmigo.

— ¿Habrán conseguido el uniforme? (al parecer la esposa está cambiándole el tema)

— Las mujeres así no aguantan maridos.

Y sigue insistiendo en mi persona.

— Antes, los que esperaban estaban del otro lado, esto así es una mierda (menos mal que ya pasó para otra cosa).

—Chica, esta suela me ha salido malísima.

Ahora se sumó la mujer del baño, que mientras se lamenta, vuelve a mirar para mis zapatos.

Empiezo a notar que vamos quedando menos, el hombre de rojo y su esposa, una viejita, el hombre con la niña... el altavoz anuncia que los pasajeros con destino a Santa Lucía, del turno siete y veinticinco, favor de presentarse en la puerta número seis, y en mi teléfono la bola negra, se caen los ladrillos, los verdes están sueltos, verdes también son las balas, lanzo un cohete, aparece una estrella, se amplía la plataforma, disparan y cae la bola por el borde de la plataforma, pierdo diez puntos. Iniciar nuevo juego, abandonar el juego, guardar este juego. Elijo guardar este juego.

Una galería de arte en Kiev, Ucrania, exhibe *Cinco Bellas Durmientes reales*. Como parte de la muestra del artista Taras Polataiko, las muchachas permanecerán acostadas en camas durante tres días, hasta que un hombre las bese. Si alguna de ellas llegara a abrir los ojos al ser besada, deberá casarse con el hombre que haya apoyado sus labios contra los de la joven. Según explica el propio artista, todos los asistentes a la muestra deben firmar un contrato, cuyas cláusulas

especifican que los jóvenes deben ser mayores de dieciocho años, ser solteros y con intenciones realmente de casarse con la muchacha. Queda especificado que cada uno de los pretendientes deberá besar a una sola muchacha, por lo cual deberá seleccionar bien. Para los hombres la cuestión es más fácil, y como dice Polataiko, besarán a la chica que más les agrade. Ella deberá abrir los ojos solo cuando el galán la bese con la intensidad y ternura que anhelaba.

Esta viejita sentada aquí sin que nadie venga y le dé un beso.

—¿Falta mucho?

Se da cuenta de que la miro y ahora dirige su mirada hacia mí.

Qué sueño tengo. Y estos bancos están duros como un palo. Se me están echando a perder los mangos. En diciembre ya son dos años de que murió mi marido. No encuentro mis espejuelos. A mí que me cremen. Que no pasen trabajo. Te vas a quedar sin vista (proyecta su voz, que se siente débil y me advierte).

La viejita tiene el sabor de mi abuela, la viejita huele a café.

—No sé cómo puedes leer con tan poca luz.

—No me había dado cuenta.

— ¿Es poesía?

—Décimas de mi abuela.

*Mosca, abeja y mariposa,  
iban muy juntas volando.  
Más la mariposa y la abeja iban libando,  
el perfume de las rosas.  
Y la mosca perezosa,  
no las quería seguir,  
porque le gusta vivir,  
en la inmundicia y el lodo.  
Por eso de ningún modo,  
mejora su porvenir.*

Todas las voces dentro de mi cabeza, quisiera desconectar mi cerebro y apagarlo por un rato. Ese hombre me apena, tiene la mirada triste.

¿Por qué me dice que tengo peste? ¿Y por qué delante del niño? Hoy me compro el jabón. Me quedan tres pilas, dos *Mujeres Soviéticas*, un *Fidel y la Religión*, tres TDK y un VHS. El buitre siempre se me adelanta. La viejita de la esquina tenía un paquete de *Tiempos Nuevos* del 86 al 91. Me dio, pero él no sabe la que le tengo. Ahora cuando pase por ahí me voy a fijar bien.

—¿Tiene revistas antiguas?

—Hoy no, pero mañana sí. Estos casetes contienen los discursos de Fidel Castro, pronunciados en los años 90.

Me alejo a causa de su mal olor, es bien parecido pero muy maltratado, sin embargo, no me desagradó su persona. Tiene las manos grandes como mi abuelo. Qué raro, lo más limpio que tiene son justamente las manos.

—¡Orinen adentro!

—¿Hay alguno desocupado?

—Sí, mi corazón, el último.

Esos zapatos que usa esa muchacha sí son fuertes, parece que no los compró aquí. Rafael es un cochino,

siempre mea por fuera, ya le dije que puede usar la ducha, él quiere echar palante pero tiene que poner de su parte. Una contratica por tres meses. Llevo casi un año y siempre tengo pasajes. Hace falta que me den el otro baño también. Estas chancletas son una mierda. No sé qué les voy a echar. El olor está impregnado. ¿Qué hago yo con una peseta? Con el turno de las once mato. Recojo la merienda de mañana. Pongo el candado. Descargo todas las tazas. Me echo perfume y bajando.

Una mujer ruidosa, pero emprendedora. Ella misma lo dice, si le dieran unos cuántos baños más, sería una reina. Entonces se llama Rafael, como el poeta del inxilio cubano, Rafael Alcides.

—¿Tiene papel?

—Coge un pedacito. Mira esto, no tuve tiempo ni de arreglarme las uñas.

El trozo de papel hará que me orine las manos, pero no le reclamaré, porque ella tiene la ilusión de que lo hace bien, además, si me da otro pedazo, tampoco será suficiente.

—Gracias, está muy limpio.

La cara de la mujer se iluminó a causa de mi halago.

—No creas, a esto hay que pasarle la mano ya, porque nos cae el techo encima. Pero desde que pasó el último huracán, no nos venden materiales, ¿con qué se sienta la cucaracha? Como decía mi abuela, ahora me estoy acordando de un cuento que ella me hacía de unos vecinos, en la época de las vacas flacas, había una miseria tremenda. Ella siempre se acordaba de eso, porque, la verdad, sus últimos años fueron muy tristes, aunque se fue creyendo todavía en la revolución.

Los vecinos, eran un matrimonio que vivía en el mismo pueblo, se llamaban María y José, un día de

hambre María le dice: «Ay, José, si hubiera huevos te freiría dos (pausa larga). Pero es que no hay, ni manteca tampoco».

La mujer ríe de su propio chiste, inmersa en su recuerdo, yo también sonrío, es un cuento grotesco. Mi mirada se dirige hacia la puerta del baño *unisex* y el otro clausurado, en una estación estilo inglés: techos inclinados con tejas planas y, dentro, la combinación de madera y albañilería.

—Papá, la lagartija está llorando.

La niña luce impaciente, mientras su padre está en otro mundo. Es un hombre de unos 50 años, pero se ve bien.

—Las lagartijas no lloran.

Cada día es menos raro ver a padres solteros cuidando de sus hijos. Hubo una época en que eso era cosa de flojos. Hay muchos hombres solos y sin *sex-shops*, ni bares de *streptases*. No me extraña que la puesta en escena de *La Celestina*, en el Triánón, lograra las cien funciones a teatro lleno, y es que allá iban que se mataban los hombres a ver los cuerpos de las actrices desnudas.

—¿Y cuándo viene la guagua?

—Deja a la muchacha tranquila, que está leyendo.

El padre me mira, pero no le correspondo, porque tiendo a ser indulgente y por ello resulto siempre mal interpretada.

—Muchacha, hazme un cuento.

La niña desata toda su energía en mi persona. Los pequeños son muy intuitivos, ella debe sentir que, en efecto, la estoy observando, aunque trato de no ser evidente.

—¿Quieres que te haga el cuento de la buena guagua?

*(Es como una Shirley Temple, cabellos ensortijados y rubios. Me mira molesta, su cara se vuelve una*

*mueca). Pienso que todas las mujeres no venimos preparadas para esto. La infancia comparada con el resto de la vida es un período corto, pero cuidar de la infancia de alguien hace que uno pierda la otra parte de ese resto. Me da manotazos para que la atienda.*

—No, ese no.

—Yo no te digo que no, yo te digo si quieres que te haga el cuento de la buena guagua.

—¿Eh, y por qué tú dices que la guagua es buena?

La pregunta del millón, para la cual no tengo respuesta.

—No molestes más a la muchacha (El padre me hace una seña que no comprendo).

—Papá, yo quiero que ella me haga un cuento.

—Uno, dos, tres.

—Ah, ah, ah, papá, por tu culpa no pasa la guagua, tengo hambre.

—Nos vamos, dale, recoge la cartera del suelo.

La niña está molesta.

El padre se impacienta.

El padre se aleja con la niña.

Yo me quedo mirando la desproporcionada conjunción de sus siluetas. Sus cuerpos ensombrecidos avanzan hacia la luz del sol, que está a punto de ponerse.

## ENFERMEDAD DE MAMÁ

La niña me devuelve a mi cuarto de niña de siete años.

*Al combate corred, bayameses,  
que la Patria os contempla orgullosa  
no temáis una muerte gloriosa,  
que morir por la Patria es vivir  
que morir por la Patria es vivir...*

Nos despertó mamá a las cinco de la mañana, entonando las notas del himno y echando agua en las paredes del cuarto.

—¡Los espanto y los reprendo!

Nunca había visto a mamá así, me pidió que cantara también, y lo hice en un tono muy bajo. Mi intuición de niña me decía que algo no andaba bien. Mamá gritaba y hacía muecas. Llevaba puesta una bata de dormir rosada. Se veía sexy, sexy y loca. Mamá gritaba: ¡Con la patria no te metas! Esa fue la razón de que se la llevara la policía en vez de los paramédicos.

No la vimos más por tres semanas. Entonces fuimos por la ruta de los cerdos. Los criaban para los enfermos,

eran más grandes que los del trabajo de papá. Al fondo, un corredor azul y en la cama, una sonrisa me identificó con mamá. Mamá también iba de azul. Todas las mujeres de azul repetían muchas veces la misma frase y mi abuela las espantaba. El pelo blanco y las arrugas de mi abuela... odio el cielo.

—El padre de Dunia está muerto.

—¿Qué les hacen a los muertos?

—Los meten en los escaparates para que no apesten.

Yo tenía 7 años, cuando escuché hablar sobre la muerte. Desde entonces, y en silencio, lloraba por mi abuela Chela. Corro el tiempo hacia atrás. Mi cuerpo se hace pequeño, y mi mente también. Mis medias estrujadas como la cara de mi abuela. Perforé su tejido rosado con la plancha y maté una de mis medias. Tenían un gran por ciento de nailon, tal vez era mi reacción alterada a lo que estaba viviendo mi madre.

Lloraba viéndola prácticamente derretirse, lamentaba la pérdida, era como si la media también perdiera vida, se fuera al cielo con el padre de Dunia y con el de Cenicienta. Lo que más triste me ponía del cuento, era la soledad de la niña.

Me he quedado en blanco, por un rato, desde que se fueron el padre y la niña. Nuevas voces entran en mi cabeza, distorsionan mi estado de conciencia y me devuelven a la realidad física. Un conductor se acerca a la señora del baño, pero no puedo entender del todo.

—Es tremendo huevón, pone a la mujer delante para no pagar

—Los hombres están cediendo terreno.

—Yo me quedé frío, en la casa la mujer no lo deja ni hablar y viene aquí a dar órdenes a los choferes.

—Es una cosa que no quieren responsabilizarse con nada.

—Están tratando de buscarse a una mujer pa' ver qué se les puede pegar.

Ellos hablan de trascendencia sin saberlo. Mi mirada empieza a alejarse. Él gesticula con los brazos, las venas de su cuello se hinchan, mientras ella, pasivamente, asiente. Voy viendo a través de ellos, a los hombres y mujeres de antaño, la repetición, el molde, la condición, los reiterados fantasmas que me conmueven.

Me veo, desde la conmiseración de un ser para la muerte y desde la muerte de mis siete años, sembrada en mi balcón viendo los balcones repletos de vecinos, mirando a mamá alejarse hacia el hospital. Nos quedamos solos, porque mi padre estaba de guardia. Enseguida llegaron comadres.

—Sus abuelas vienen para acá hoy.

—¿Para dónde llevan a mamá?

—No sé. Entren que les traje tilo.

En el fondo, yo sabía que no debía tomar de aquel tilo, por eso mi hermano y yo lo echamos en las plantas de la sala, sin que Odalis (la vecina de los altos) se diera cuenta. No voy a negar que la noticia de que mis abuelas venían, me hizo olvidar a mi madre.

Las plantas no mantienen la misma expresión, se infartó el helecho a causa del tilo caliente. Los helechos no tienen alma, ni van al cielo, se quedan en la tierra, en la misma tierra donde estaré para siempre con mamá. Comencé a ser una niña vieja, escuchaba en la escuela a las auxiliares hablando mal de mamá (no me gustaba que mamá trabajara en mi escuela), la mirada furtiva de los hombres a mamá, los coqueteos de mamá, comentarios mal intencionados de vecinas sobre mamá, mientras yo la sublimaba.

Una tarde, se rumoró que se había ido con un hombre en un polaquito, recuerdo a las cacatúas del cole-

gio asomadas en la cerca, sonriendo, burlonas, chismeando. Pensé en que le envidiaban el porte, el cabello negro... mamá era tan linda. Siempre creí que no me parecía a ella, la admiraba y rechazaba con la misma intensidad.

Resultó ser un compañero de papá, que, a petición de él, la recogió para llevarla a un funeral. Aquel momento aún no lo he podido olvidar y es que pueblo chiquito, infierno grande. Y grande fue la oscuridad que me sobrevino a causa de aquellos rumores, porque es más fácil terminar con un prejuicio, que acabar con un rumor.

La niña que yo era se llama igual que yo. Tiene el pelo virgen, tamaño de niña, pies de niña, uniforme de preescolar. Se hace una cebolla en lugar de las Harley motonetas, porque nadie le puede dibujar la raya. La niña sonrío, a su lado hay otra niña triste, una es más alta que la otra y tienen polvo. El blanco y negro en la cartulina mate con hongo, ha tapado también, la mitad de mi foto de preescolar.

*Me tuve que retratar con Sandra, porque no quedaban varones, ahora me resulta tan absurdo, las maestras nos hicieron infelices a las dos, era tan sencillo como repetir a alguno de los varones para la foto.*

## EL PARAÍSO PERDIDO

Extraño jugar y fumar cabos en el césped del edificio, *mon belle époque*. Los fumadores lanzaban los restos de sus cigarrillos, aún encendidos. Se veían como fueguitos que caían en el suelo. ¡Qué peligro! Así que de los tres a los siete, viví en el mundo del micro... paso, azotea, balcones... micro. Mi primer beso me lo dio Richard. Fue en la escalera. Él fumaba de verdad y no tosía. Su hermano también quería besarme, y la madre de ellos odiaba a la mía.

El muñeco rosado llamado Ray fue mi primera gran pérdida, un cigarrillo de papá lo derritió. Papá no sabía que yo ponía a Ray a dormir en el balcón. Al principio creí que había muerto a causa de las bombas, recuerdo sus ojos azules y su última expresión.

—¡Niños, a morder el palo, las bombas son las enemigas de los tímpanos! Cuando la sirena anuncia ataque aéreo... ¡todos al refugio!

Ensayábamos cada viernes. Por suerte nunca llegaron los aviones, pero durante mucho tiempo soñé con ellos. Así que preparábamos a los juguetes también para la guerra.

Tuve una muñeca, de cara angulosa, cabezona, plástica... transparente. Con su uniforme verde olivo murió a causa de una dinamita y la sepultamos en el refugio. Hecha en Checoslovaquia. En la etiqueta de su vestido había una mancha. Tenía ojos grandes, una sonrisa con dientes blancos dibujados, pelirroja, con cerquillo y una bata a relieve, azul oscuro. Conservó la misma expresión, mientras las gotas del aguacero y los trozos de tierra roja, la iban tapando completa.

Con la ausencia de mi madre se escucharon las últimas dinamitas. Ya el refugio estaba profundo. Ahora jugábamos con los vivos, con los que la gente compraba por sacos.

Papá adquirió cien, así que le pedí que me dejara uno. Cuando lo pienso, resulta algo exótico adoptar a un cangrejo. Lo sacaba a pasear con un hilo amarrado a una de sus patas. El hilo lo guiaba, pero hacía círculos, rutas caóticas, hasta que perdió la mejor muela. Comenzó a oler fuerte y soltaba espuma por la boca. Se convirtió en mi primer muerto con olor. Un nuevo deceso en el balcón. Nunca volví a jugar con un cangrejo. Descubrí que estos, al igual que los muñecos, conservaban la misma expresión, porque parecían de plástico.

Los voy a tirar a los dos, jú, a tu hermano y a ti, jú. Al latón de la basura, jú.

Por un instante, creí que alguien me leía el pensamiento. Ahora me siento como en cámara lenta. Estoy tratando de regresar a mi cuerpo, porque mi mente se aleja demasiado. Los rostros me dan vueltas, hasta que finalmente consigo ver a la madre, al hombre calvo, a la viejita, a la mujer del baño, a Rafael —la niña no está—, a la muchacha (yo), a la esposa del hombre de rojo. Todos arrullamos a un bebé que se aleja en los brazos de una madre adolescente.

*15:41, según el reloj del salón.*

Andaba con su esposo y con los padres de su esposo. Todos atentos al menor movimiento de los niños. Uno, en los brazos; y el más grande, tomado de su mano. Ella, por momentos, se ve joven y despreocupada. En otros, convertida en adulta por la fuerza de la maternidad.

La veo y me asusto de su inseguridad, mientras un nuevo ómnibus atraca en el puerto. La gente corre a la taquilla, pero el vendedor la detiene: no trae fallos. Hay menos voces. Una risa maléfica y las cuerdas de una guitarra eléctrica provienen del teléfono de un contrahecho que atraviesa el salón. Me doy cuenta de que en provincia todo sucede en un tono menor. Hasta los travestis aquí son más pacatos, pero no deja de parecerme grotesco el hecho de que un hombre se vista como una mujer. Hay cierto fetichismo en ello para algunos, pero a mí me resulta incomprensible el disfraz.

—¿Estará afectado por las piernas?

—¡Por Dios, Yeyé!

—Ay, Señor, usted bien sabe que no me río de su problema.

—Te ríes, porque eres perversa

—Tiene el torso normal.

—Sí.

—¿Viste eso? Por culpa de La Violetera perdimos en El Clásico.

—El equipo no llegó ni a San Francisco.

—La culpa es del *manager*.

—Los machos están de luto, difícilmente hagamos algo hoy.

—¿Tú sabes cómo nos dicen? Las divas del sacrificio.

—Eso no es tuyo.

—Pues a ver qué pasa con este, y de paso miro lo que tiene El Buitre. ¿Y cuál es tu plan para hoy?

—No sé, esto anda mal.

Escuché al otro llamarle Mimí. Yeyé y Mimí, vaya cliché. Tiene dos hilos por piernas, caderas estrechas, espaldas anchas y sombra de vellos en el pecho. Parece que es intencional que se rompa la ilusión. En eso sí hay cierto arte, al menos por la ironía. No se maquilla muy bien, los chapones de sombra azul se distinguen a pesar de lo oscuro de la calle, se ve grotesco, un tipo humano *queer*.

Me recuerda a Picadillo, el loco de la calle del medio, que es un 3 en 1, loco, pájaro y buzo. Yeyé se fue, es mucho más atractivo. No puedo creer que esté enseñando el hilo dental, se ve perdido buscando el sexo como forma de sostén. Imagino el parqueo de taxis lleno de choferes armando el espectáculo que recién comienza. Sonríe, su dentadura está incompleta. Certera la frase «le cayó comején al piano». Hace un gesto con la pierna y deja ver a un tacón sin la chapilla. Economía de recursos en su vestimenta, una blusita años ochenta amarra su cintura que descubre un abdomen perfecto y, más abajo, la falda: rosa fucsia satinada. Una imagen absolutamente decadente. Se ha quedado solo y su sonrisa esconde dolor.

Si la cosa sigue así, voy a tener que vender algo mañana. A lo mejor el Buitre me compra unos discos que tengo en la casa. A Yeyé no le quedó más remedio que arrancar con Pocho, el cocodrilo botero.

No me gusta correr riesgo, yo prefiero machacar en baja. Jean se enfermó, lo abandonaron en un hospital a su suerte, terminó como la pájara loca y sidosa del cubículo cuatro. Los choferes ahora nos dicen «Las chicas de la lista de espera». Ellos lo saben todo, aquí todo el mundo sabe todo. Esa muchacha tan linda en vez de

buscarse a un yuma, sigue obstinada aquí. Dios le da barba al que no tiene quijá.

Eso es lo que creen de mí, que me he quedado varada en esta isla. Hasta un desconocido piensa así respecto a mí. Se ha armado tremenda algarabía en la cola de los taxistas, le buscan la lengua a Mimí.

—¡La tienes así!

Mimí hace un gesto con las manos indicando el tamaño reducido. Estaba parada debajo de la farola, cerca del punto de ventas en moneda libremente convertible. No logro distinguir a los dos hombres que se le acercan, y conversan. Una corriente de aire me pone los pelos de punta, debe ser muy tarde.

*Llevo ocho horas aquí. No voy a llamar por teléfono, mucho menos a mamá que se preocupa, y papá enseguida quiere que vuelva. Algunas personas se han dormido, otras se marcharon. Ahora, con la noche, nuevos en la fauna, dos travestis, seguidos de un conductor, reconozco la cara del vendedor, del maletero, del que pesa los equipajes, y algunos vendedores de confituras. En el cristal de venta hay un cartón bloqueando la ventana.*

Ogni individuo nasce libero... ma solo per i primi cinque minuti.

*Una esposa a su esposo:*

*Esposa:* Sei prigioniero della tv.

*Esposo:* Non è vero. Guardo solo programmi d'evasione.

Casi todos los temas en mi agenda italiana giran en torno a la libertad. ¿Por qué será que el sexo es húmedo? Tiene que ver con la fecundidad. Nueve meses flo-

tando en ese espacio misterioso, oscuro, es increíble la libertad sexual que experimentan los niños.

—¡Cierren los ojos!

Daba vueltas encima de la mesa del cuarto, usaba una falda verde oscura con flores marrones y debajo desnuda.

—No vemos nada.

—¡Vuelvan a cerrarlos!

Giré más veces.

—¿Y ahora?

—Ahora sí, mi hermana, pero ponte el blúmer ya.

Jugaba ese día con los amigos de mi hermano a enseñarles el pipi, y rompí el corazón de Richard, el que fumaba de verdad. Él era gordito como papá y siempre me traía una flor. Richard me contó que, desde el balcón, él y su hermano miraban por la ventana a sus padres haciendo cuchicuchi (así le decíamos). Quería hacerlo conmigo en la escalera, pero solo le di un beso, tenía miedo a quedar embarazada. Todas esas ideas me rondaban cuando apenas tenía unos cinco años. Hay otras, que he descubierto también después de haber perdido la inocencia.

Las niñas iban a la casa de Bebo, que coleccionaba afiches antiguos con muñequitas en serie. Un día me invitaron a ir, y vi como Bebo sentaba a las niñas en sillas pequeña, las entretenía eligiendo las imágenes, para poder acariciarles los muslitos. Balbuceaba las palabras, a causa de la excitación. Las niñas se aprovechaban, porque no sentían el peligro. Bebo, usaba espejuelos para sus grandes ojos de sapo, en medio de su cara grande y de su bamba floja. En pocas palabras, podría decirse que era despreciable. Mi silla era la última, porque al parecer las organizaba por orden de aparición. Primeramente,

me mostró los afiches, me gustó el del fondo gris con caras de muñecas amarillas, de porcelana. El póster tenía un estilo *pop*. Bebo se volteó para buscarme además unos colores, así que arranqué del bulto mi afiche y corrí para que no me saltara aquel sapo.

Una mano fría me toca el hombro.

—Van a abrir el salón de adentro para que podamos dormir.

El hombre de rojo vino a auxiliarme. Me doy cuenta de que es madrugada, porque mi mente estaba a muchos años de allí.

## EL ALMA DE LAS MUÑECAS

Pocho parqueó su pisicorre en el extremo que da a esta parte de la terminal. El sol me pega fuerte en la cara. En la goma están enfiladas como un ejército vestido de negro. Sobresalen como pinchos, pero son suaves como la yerba. Se sienten en la yema de mis dedos. La manisera me observa acariciar la piltrafa que destaca en la goma de repuesto y retiro las manos. Cuando mi hermano llegó a Pensilvania su primer trabajo consistía en quitar la piltrafa de los neumáticos.

Se requiere de fuerza y concentración. Colocas las piernas de modo que no rocen con la goma. Arrasador el tsunami de caucho que gira a gran velocidad. Bloqueas la oleada de rebaba con el filo de la navaja y llega la calma que sucede a la ola una y otra vez. Baja la marea, el viento mueve la superficie, no sobra nada y se repite por las próximas ocho horas hasta quedar perfectamente lisas.

Los pies de mi hermano se hinchan.

Sus manos son cuchillas.

La foto de mi hermano en un mural con el pie escrito en inglés.

En una fábrica de Carlisle mi hermano es el obrero destacado del mes. Tengo que escribir.

*¿Quién dijo que el tiempo cura todas las heridas?*

*Sería mejor decir el tiempo cura todo menos las heridas.*

*Con el tiempo el dolor de la separación pierde los límites reales.*

*Con el tiempo el cuerpo deseado pronto desaparecerá y si el cuerpo que desea ha dejado de existir ya, para el otro, entonces, lo que queda es una herida... sin cuerpo.*

*He visto muchas veces el documental Sin Sol, de Chris Marker.*

Todas las cosas tienen una parte invisible.

Es la búsqueda de la invisibilidad lo que me hace escribir.

Mi herida queriendo salir y ser cuerpo. Estuve once años sin ver a mi hermano. Cuando nos reencontramos ya no éramos aquellos jóvenes despreocupados. Parecía como si nunca nos hubiéramos separado. Aun cuando nuestras ausencias eran tristes, muy poco pudimos decirnos, entonces nos limitamos a buscar algún restaurante asiático donde comer y pasar el mal rato.

Los japoneses celebran una ceremonia por el alma de las muñecas rotas. Una encima de la otra derritiéndose en la hoguera, mientras la multitud silenciosa las observa y despiden en un ritual que se repite cada 25 de septiembre.

Mi mamá me regañaba por desvestir a las muñecas y dejarlas desnudas. Supongo que yo trataba de entender por qué no crecían como yo. Batou, el protagonista de

*Ghost in the Shell*, dice que las muñecas son como las niñas. Descartes, que perdió a su única hija, encontró a una muñeca muy parecida a ella, y la guardó con cariño.

A mi cabeza retornan los gritos, pero esta vez vienen de adentro:

*¡En la loma del Jobito!,  
Donde el roble se forjó,  
Antonio Maceo gritó:  
¡Machete, que son poquitos!*

Había que trotar desde el polígono hasta el comedor, marchar hasta la puerta y comer en diez minutos. Mi primer almuerzo en plena crisis de los 90, en la Escuela Vocacional Militar Camilo Cienfuegos, fue arroz, sopa de arroz y aporreado de pescado.

Aquí comenzó a gestarse mi venganza. Fue como el despertar violento de un sueño dulce, porque explotó la burbuja del cuento de los héroes y las revoluciones. Mi hermano estaba ya en su segundo año de tortura verde preuniversitaria. Me aconsejaba que no entrara en los camilitos, que no era buena idea convertirse en la hija bastarda del desaparecido comandante Camilo Cienfuegos. No me dio más detalles, así que yo, con un temperamento de actriz, pasé allí los peores años de mi vida. Dejar la cama lisa como una pizza, poner los percheros apuntando hacia adentro y mis mejores amigas, son las tres cosas que conservo de aquella experiencia.

Una muñeca vestida de militar esperando a posarse encima de una nueva cama. La encontré tirada entre los trastos que dejó una camilita egresada. Sin saber por qué, comencé a soñar todas las noches con ella. Tenía un sueño recurrente donde la muñeca me estran-

gulaba, me hablaba, me asustaba, pero, también, competíamos a la más bella, y siempre ganaba ella.

Un día me cansé y la llevé para mi casa. Mamá decía que estaba embrujada. La verdad es que solo así pude dejar de soñar con ella. Otra de las pesadillas era durante las caminatas largas o trotes. Teníamos que cubrir la fila a la distancia de un brazo. Como al ser humano le gusta amasar su pequeño poder, de vez en cuando algún teniente se divertía gritando:

—¡Un avión!

Entonces nosotros teníamos que arrastrarnos por el suelo. El agua fría de los charcos se sentía en el abdomen y los tres kilogramos del casco eran sostenidos por mi cabeza para que no entraran las balas invisibles. Éramos los soldados quinceañeros en el camino sin final.

—¡Camuflaje!

Maquillaje de lodo húmedo reseca la piel cuarteada. Enredos de hojas secas subiendo por el casco y con suerte, si me lo agarraba con fuerza, lograba llegar a la meta.

Luego, el trote del paso doble corto hasta la entrada del comedor, acompañado de un grito:

—¡Pelotón al!

Entonces, nos deteníamos y esperábamos en el salón de entrada al comedor, a que nos indicaran la marcha de nuestra escuadra.

Hay una escuela de ese tipo en cada provincia del país, con un diseño que se conoce como construcciones Girón. Tiene una estructura cuadrada como el sistema de los militares. «Las órdenes se cumplen, luego se discuten». Es la frase que rebasa toda percepción de la lógica. Debe de ser a causa de la militarización, que aquí tienes que probar no que eres inocente, sino culpable.

Desde la ventana del aula mis ojos seguían la línea de la carretera que conducía a mi casa. Detrás, se veía el mar. De noche, en la posta de guardia, se escuchaba la música del Canimao, un cabaret convertido en discoteca.

La comida era insuficiente. Dunia siempre tenía hambre. Yo soñaba con turrone de maní caseros y ella, con cubos de arroz y frijoles. Frecuentemente acontecían robos en el cuartel. Me dejaron sin blúmers. Pensaba que andaban por algún lado hasta que caí en la cuenta de que me los habían ido llevando poco a poco de la tendedera.

Odiaba el adoctrinamiento de los militares, por eso cuando me proponían un cargo lo rechazaba. Pero ocurrió finalmente que me dejaron de sargento en el cuartel.

Dunia, bajo mi mando, sustrajo comida de los closets. No quise probar lo que ella robó, pero con mi silencio le di la aprobación. Nunca más me dejaron de sargento, y Dunia casi se muere de hambre.

Estábamos enclenques. Pero en la beca, como en la cárcel, sobrevive siempre el más fuerte. Cada domingo mis lágrimas almidonaban el uniforme verde olivo. Once deméritos en tu tarjeta de reportes y te quitaban un día del pase; dieciséis, el fin de semana completo.

Lllaman para mi destino, casi es mediodía. El hombre de rojo y su esposa se emocionan con los tiques en las manos. Hay nuevos rostros detrás y muchas personas delante de mí, que no había visto. Ayer yo iba delante. Hoy quedé para el final. Debe ser que esperaban sentadas del otro lado de la estación. Terminó la capacidad y ahora soy el fatídico número trece.

## ÍNDICE



La Espera	9
Enfermedad de mamá	23
El paraíso perdido	27
El alma de las muñecas	34
Bebo más grande	39
Los Asesinos	41
El pasado.	55
Exhumación	60
Los Viajes	62
Tiempos especiales	69
Mentir	75
El drama	81
La muerte del padre que era mi vecino	84
M y E	86
La verdadera historia de E	91
Un poema de amor y excitación	95
Mi amigo I	97
Desde la distancia	101
Del pintor de la corte y otros demonios	106
Expulsando <i>El Amante</i>	111
La vida Facebook	113
El universo de F	117
Ética médica	121

Representación	124
Arena y sal	127
El reencuentro, el sueño, la pesadilla	134
El antes	140
El Ahora	143
Humanidad	145
<i>Fuck me, Karl Marx</i>	148
Atenuantes.	152
Yo maté a Fidel Castro	154

